El niño judío

El 23 de enero de 1972, Arthur Rubinstein dio por terminado el primer tomo de sus memorias, que abarca hasta 1917, cuando está a punto de emprender su primer viaje a la Argentina. El libro, de casi 600 apretadas páginas, fue publicado en Estados Unidos por la casa Alfred Knopf bajo el nombre de *My young years* (1973) y traducido al alemán con la editorial Fischer, en 1976, como *Erinnerungen. Die frühen Jahre.* Tengo noticias de una edición francesa.

La evocación queda truncada en los umbrales de la *belle époque,* el fin de la primera guerra mundial. En ese momento, Rubinstein pasaba una larga temporada en la neutral España, país, de algún modo, beneficiado por la contienda, ya que se vivía una cierta prosperidad industrial, a la vez que numerosos artistas se refugiaban en sus ciudades, huyendo del escenario bélico.

Rubinstein evoca, entre nativos y forasteros, a una pléyada notable: Falla, Turina, Diaghilev, Stravinsky, Picasso, Misia Sert, Fernández Arbós, la viuda de Albéniz, más los nombres de la nobleza que se vinculan al mecenazgo y la vida palaciega, desde los reyes Alfonso y Victoria Eugenia, hasta los duques de Alba y Montellano.

¿Es casual este quiebro? ¿No queda, más bien, acabado, el retrato del *enfant gaté* consagrado por la Europa de preguerra, en el ingreso de su madurez (los treinta años) y ya tentado por los opíparos honorarios argentinos: 4.500 libras de oro por una gira de conciertos?

Sería prolijo y vano intentar un resumen de estas memorias, ya que describen la formación y el lanzamiento de un artista en el medio europeo de su tiempo. Sorprende la fluidez con que están narradas. El lector de esta clase de textos suele resignarse, antes de la lectura, frente a la redacción de alguien que no es un profesional de la escritura, sobremanera si el que escribe es un músico. Nada parece más alejado de la claridad perpleja de la palabra que la segura tiniebla de la música. Sin embargo, Rubinstein narra con precisión de buen contador de historias, seleccionando con oportunidad sus detalles.

Rescato el sentimiento que se imagina en el memorioso memorialista: la alegría de recordar. Este pianista vivió muchos años, los vivió cierto de sus buenos éxitos, y plenos de labores. Al rememorarlos no se acuerda de lo perdido, como suele acontecer en el arte, sino de lo conseguido. La memoria es, para él, el inventario de un tesoro.

Y aún más: la imagen de sí mismo que traza Rubinstein, su divina seguridad en el suceso, que le hace encarar su carrera en la niñez, el arte como un medio de seducción y todo el mundo como sala imaginaria en que el artista, niño regalón de la sociedad burguesa, enamora a la multitud y se hace reconocer como portador de un don.

Cuando Rubinstein nació (el 28 de enero de 1887), en Lodz, cerca de Varsovia, Polonia estaba dividida en tres: Austria, Rusia y Alemania se habían repartido su territorio. Lodz pertenecía al sector ruso, aunque su población era de componente silesio (los industriales textiles) y judío (los eternos emigrantes llamados por la prosperidad) en medida considerable. Los tejidos de Lodz se vendían en Rusia y en Asia.

Reúno, ahora, la imagen primera de la vida que el memorioso Rubinstein ha recuperado en sus memorias, ese texto henchido de minuciosas reconstrucciones, propias de quien agradece al azar tanto privilegio.

No parece gratuito que la ciudad se muestre al futuro pianista, ante todo, como un hecho sonoro: las sirenas de las fábricas, que llaman a trabajar a los obreros, al despuntar el día. Luego, la decisión del pequeño Artur, de entrometerse en las lecciones de piano que Madame Kijanska da a su hermana mayor, Jadwiga, que se ha prometido para casarse. El chiquitín ya distingue las notas falsas y aplica a la maestra los mismos palmetazos que ésta da a Jadwiga. En las obras a cuatro manos, suele tomar el lugar de la hermana, tocando de oído las partes pertinentes. Si bien la familia es melómana (el padre, por esnobismo, toca el violín) el chico elige el instrumento de la hermana y será la madre quien haga los contactos para su educación musical.

He aquí, ya, otros rasgos de su carácter: discípulo de los varones sabios, se hará amar por las mujeres y será, como tradicionalmente ellas, un seductor.

Advertidos los Rubinstein de que el niño era una precocidad, el tío Nathan Follman escribe a su amigo Joseph Joachim, encomendándole su formación. Madre y niño viajan a Berlín. En la frontera ruso-alemana, los gendarmes zaristas les infunden pavor. En la noche dobla, lúgubre, una campana. La madre impone silencio con gesto angustioso. Para siempre, el niño judío visualizará al policía que viene por él.

Joachim es sonoro y tronante, trata al chico como un médico a su paciente. Le silba un tema de la *Inconclusa* de Schubert y Arturito debe tocarlo, ponerle relleno armónico y transportarlo. Todo lo hace bien. «No lo atormenten con lecciones», dictamina el maestro, «cuando tenga la edad apropiada, yo decidiré quién habrá de enseñarle».

Judío: apátrida, nacido en un país inexistente, ciudadano de una tierra imaginaria (¿Israel? ¿El país del arte?), compulsado a ganar posiciones en la sociedad por medio de la cultura para protegerse del futuro y aún anónimo Hitler. Buena parte de la cultura germana de la época está hecha por la burguesía culta israelita.

Rubinstein se enamora de su vecinita Noemí *(Nemutka).* Entre los dos, que juegan a «marido y mujer», transforman a Lodz en un escenario de leyenda: las fábricas son castillos, las gentes son príncipes y princesas, los gendarmes son los ogros que se alimentan de niños.

FOTO: Fundación Albéniz

Artur Rubinstein de joven en una foto dedicada a Falla. Derecha: Rubinstein niño.

Siguen las primicias: *Aida* de Verdi, la primera ópera, cantada por una *troupe* italiana ambulante; los primeros tríos de Schubert y Beethoven, tocados por Zajic, Pauer y Glück; el primer niño prodigio, el violinista Bronislav Huberman, que pasa por Lodz tocando con apenas 12 años; el primer concierto sinfónico, dirigido por el holandés Julius Kwast: la suite de *Peer Gynt* que el niño reproduce, de oído, al piano.

Y la primera profesora, cuyo honor será el de merecer un mal recuerdo de su ilustre alumno, ya que Madame Pavloska le obliga a pegar los codos al cuerpo y le sujeta a menudo las manos.

Los inicios de una larga carrera

Y, al fin, el primer concierto, que ocurre el 14 de diciembre de 1894. El pianista tiene siete años. Le aguardan —no lo sabe— casi noventa de carrera. La rígida maestra, a los tres meses de tortura, es sustituida por Adolf Prechner. En la platea, familiares, amigos, melómanos alemanes y judíos de Lodz. Una violinista toca el concierto de Mendelssohn, un señor canta varios *Lieder* y el pequeño cierra con una sonata de Mozart y piezas de Mendelssohn y Schubert. Una gigantesca bombonera es la recompensa. Y el amor de Nemutka, claro está. El chocolate y la mujer, después de la música, se convierten en constantes de las memorias de este seductor que se imagina, siempre, como un niño goloso a quien la mamá premia sus habilidades con chocolate.

Tras los años de aprendizaje en Berlín (a partir de 1897) Rubinstein dará su primer recital formal en la Escuela Imperial berlinesa, Joachim lo dirige en el *Concierto en La mayor* de Mozart. El público pide propinas. Arturito la emprende con el *duetto* de las *Romanzas sin palabras*. Expone el tema y se queda totalmente en blanco. Improvisa un segundo tema, modula al bemol, vuelve a la tonalidad inicial, acabando con un arpegio en pianísimo. La gente, segura de su admiración, no reconoce la partitura y aplaude a rabiar. Heinrich Barth, uno de sus maestros, lo abraza en las bambalinas y define: «Hijo del diablo, creí que eras un inútil y eres un genio».

Pero el dicho más agudo que registra la memoria infantil del músico me parece el del citado Joachim: *Wirklich, ein echter Rubinstein,* un juego de palabras acerca del apellido del discípulo: «Realmente, un rubí auténtico».

¿Es rigurosa verdad documental lo que se cuenta en el libro? En ciertas zonas, resultará imposible comprobarlo. Pero, finalmente ¿qué importa ello? El pasado es siempre una creación del presente. Cuando Arthur Rubinstein decidió, a sus 85 años, redactar sus memorias, encaró el relato de la vida de una piedra preciosa, de un rubí convertido en niño encantador y cuyo arte se transformaría, como por arte de magia, según los cuentos orientales, en la patria de un polaco sin país y de un judío siempre a punto de ser atrapado por un gendarme zarista.

Blas Matamoro

scherzo

REVISTA DE MUSICA
Año II - n.º 16 - Julio-Agosto 1987 - 400 ptas.

dosier:
ARTUR RUBINSTEIN

entrevistas:
SESTO BRUSCANTINI
JOEL COHEN

PLACIDO DOMINGO: el fuego en la voz